

Las tiradas de la COLECCIÓN 31 de *Cartonera Island* constan de treinta y un ejemplares, siendo éste el número _____ de la tirada _____.

AUTOCOSMOS

Yapci Bienes (Santa Cruz de Tenerife, 1982)

En 1998 debutó públicamente como *versador* —compositor repentino de espinelas cantadas sobre el género del punto—, recorriendo escenarios de Canarias, Cuba, Argentina, México, Italia o Portugal. Ha publicado cuatro CD's músico-poéticos. Es fundador y Director del "Taller Insular de Versadores de La Palma" y del "Proyecto de Activación y Afianzamiento del Arte de los Versadores en Tijarafe".

Ha publicado los libros: *Utopía de los cuerpos* (2004, Cabildo Insular de La Palma), *Yacimientos* (2005, Anroart), *Del oficio sediento* (2007, Ayuntamiento de Zaragoza, Servicio de Cultura), *Noche iluminada* (2009, Gobierno de Canarias) y *Ella sobre tiempo* (2012, Tritoma).

Un jurado compuesto por Amalia Iglesias, Ada Salas y Jordi Doce, seleccionó el presente poemario entre las diez obras finalistas del "I Premio Internacional de Poesía Joven Fundación Centro de Poesía José Hierro" (Madrid, 2011), al que concurren más de 360 originales.

Apodo de la espera, vigila el cazador. Agazapa en la enramada metamorfosis de su sed.

Oye cantar al ave y apunta a la ausencia de su cuerpo. Siempre que se rinde, se le muestra.

Pero si acaso un día, en su insomnio destructivo, acertara el cazador y encontraran el cuerpo sus sabuesos interiores, podría tener caliente entre las manos la muerte de la poesía, pero jamás a Ella. Ya que lo único rondador, lo único verdaderamente limítrofe de tal milagro, es en sí el acecho: escuchar agazapado la eterna maravilla de un trino siempre ajeno y asumirlo de una vez por todas. La poesía es la imposibilidad de la propia poesía.

AUTOCOSMOS

Yapci Bienes



2017

Las tapas de este libro ha sido elaborada con cartón reutilizado, cortado y pintado a mano.

Muchas de ellas se han realizado en Talleres Cartoneros abiertos. Gracias a todos aquellas personas que nos han cedido amablemente su creatividad.



AUTOCOSMOS por Yapci Bienes Pérez
bajo licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional License.

Colección 31

www.cartoneraisland.com

2017

Mi mejor poema inédito es un corto. Rompí con mis propias manos un espejo empedernido. Lancé al aire los trozos de cristal, la locura de imágenes.

Exceso de luz, todo se multiplicaba y se asociaba, líneas imaginarias unían los pedazos de cristal para crear otro espejo, otros muchos espejos. Tal vuelo convocaba un mundo de ficción.

El yo, la poesía, el mundo putrefacto igual que las gardenias del amante, son un espejo roto que vuela entre la luz, son un vuelo inédito hacia el cosmos radiante presagiado por tumbas como bocas.

Severo Sarduy funda septetos que tocan para la eternidad, asesinos del tedio y sus abulias férreas.

Juego con la ceniza húmeda de mis ídolos. Cáscaras de otra luz guarecieron a la auténtica; rotas están y ya voló.

He escuchado a la muerte en sus versiones.

El problema es que todo ha despertado pavorosamente huérfano de César, carente de Vallejo. Así es normal que falte ahínco para el vuelo más mayúsculo y se ponga huyente la sílaba expansiva. Últimamente el lenguaje no se esponja por la ausencia, tanto que urge el azul por el azul, el escarnio por la cumbre del escarnio y la entrega del acento lúcido y libérrimo. El problema es que todo sigue pavorosamente huérfano. Mucho homenaje y poco César. No me cuadran las cábalas ni el azar está de parto. No quiere espontáneo el aguacero regar su prodigio en estas calles, hoy tan sosas de Trilce, tan ensombrecidas hacia dentro por exceso de promesas y huecos de esdrújula redonda. Den un cáliz humilde a cada escuela; desempolvadle el canto, es de justicia. Todos tienen derecho a nacer desde sus letras, pero hay golpes tan duros. *Yo no*

sé. El problema son los textos sin agallas y las generaciones literarias y los cánones, las modas, los jurados impuros y la industria y las críticas a sueldo y los libros digitales y la muerte parcial y olvidarse de Vallejo a estas alturas. El problema es tanto adiós superlativo y el triste lápiz sin apóstol. Es que no tiene perdón. Así que apaga y vámonos, que anda tuerta la cosa. Ya lo grito señores, falta mucho Vallejo en el mañana y si sigue así el asunto hay que cerrar París hasta que Nietzsche afiance su teoría filosófica del Eterno Retorno con los huesos, o mejor con las palabras, del poeta oriundo de la alquimia, pues Vallejo falta demasiado.

Quien escribe misivas a la huida de las nubes junto a zarpas profundas y epitafios se quemó de soledad. Tiemblan columnas nocturnas, mientras insectos liban relojes dalinianos y secreciones de otros viajes visionarios al núcleo del fulgor inabarcable.

El hijo de la soledad baja a órbitas rabiosas forjadas con pianos entre lóbregos y lluvia. Aunque las nubes se imitan a sí mismas, ignoran que una mano las sostiene, a pulso con sus letras sobre el viento.

Arder de mí en esta hora, oficio hacia dentro de la locura indispensable. Urdo un artefacto subjetivo, la metamorfosis eterna de lo escrito.

Crisálida desgarrada por la fuerza arrebatada de la sílaba, zarpazo del principio. El aire no alcanza para la nueva fiera. Desnuda su sed; el clamoroso norte, guarece su comienzo. Parturienta desciende los barrancos, como una moneda baja hacia los limos arrojada por la mano del hombre que pidió un deseo imposible y se oscurece. Consigo misma procrea, y se estira, nómada azar, hacia la promesa blanca de las tumbas y del sur definitivo.

A menudo, el simbolismo se hace fuerte cuanto más difícil tiende a ser la cerradura. Ojo, no hablo de crípticos herméticos, se trata de la elevación del arte de la sugerencia, de la alergia a las palabras masticadas, hacer cómplice y partícipe al lector del potencial artefacto creativo. Porque ya se sabe que la literatura no es literatura hasta que no se lea lo contrario. Atrapar el resplandor, el germen de los automatismos absolutos, y ponerlo a girar todo como una invitación al que interpreta para que funde su cosmos personal. La obra debe ser algo autosuficiente, pero ha de abrir la puerta al nuevo cosmos. La obra perfecta no será una calavera shakesperiana arrojada a ciegas a la eternidad, por duro y resistente que sea el hueso y por pulcro que quede si se pule con tesón; hay que fundar lo vivo, lo dinámico, la propuesta genesíaca para todo

posible receptor.

Cosmos alternativo, eso postulo; se trata de sílabas maternas que crepitan en la punta de mis dedos, de relámpagos que fundamenten la posibilidad de la utopía. Siento, luego escribo. Que el lector ordene el cosmos a su antojo y lo haga suyo. La tremenda individualidad del poeta en el tumulto, la isla rodeada de voz por todas partes, la sangre como caleidoscopio que capta lo plural, que lo unifica en el yo que es siempre múltiple y lo comparte luego, para retornarlo a su pluralidad original, para que cada cual le dé al universo el sentido que le plazca.

significa poesía.

Las cárceles las fabricamos piedra a piedra, decisión a decisión. Pero resulta impostergable combatir las tiranías del pensamiento lógico, traspasar las lindes hacia el incandescente ámbito. Aunque también está la otra poesía.

Aunque también está la otra poesía. Parto por iluminación, por exceso de música en la música. Parto por escucha, por azar en los vuelos de la tinta. La poesía del relámpago es tan breve que sucede siempre en el pasado, sólo la limítrofe [comúnmente llamada poesía] acontece; se hilvana con hebras fosfóricas, nociones confusas del relámpago inicial. Poesía por navegación, por hurto al contrabando subterráneo del instante.

Uno, de niño, revisa su propia cara frente al charco formado por la lluvia inesperada. Arroja, inocente, una piedra al agua y se dispersa su rostro en círculos, en ondas ajenas al tiempo y la memoria. Pero lo tétrico viene al disiparse la mentira de los círculos. Han pasado lustros por el rostro estupefacto del reflejo. Narciso no fue cierto más allá de las aguas. Aunque el rostro de mañana

Caleidoscópica la lluvia, a través de cada gota la imagen se desmarca, irrepitiblemente inimitable. Caleidoscópica el agua, cada gota funda una ciudad. Caleidoscópico el yo: cada gota confirma la individualidad humana. Cada gota es un fragmento autosuficiente, átomo radical que se basta para ser. La orfandad del yo se justifica en la propia desunión. Cada gota viene a ser uno de los rostros que conforman el todo indescifrable. La lluvia busca el río y el río se apellida mar y desemboca. Así que el yo es el mismo mar, caleidoscópica baraja, tarot de las suertes insondables. Olas que indagan el yo definitivo, la imposibilidad del yo sobre cimientos, ya que el yo es la búsqueda del yo.

¿Morimos si para de llover? ¿Existe la ciudad más allá de esta metáfora?

La lluvia nunca fue real y la ciudad fue inventada

por la lluvia. Así que sólo existe el yo, la separación entre las gotas.

Circuitos cerebrales, combustión. Puzle celeste y combustión. Abismo vaginal por deducción freudiana. Fálica la Torre de Babel y, por lo tanto, el caos expresivo. Todo volcándose en la espera, blanca fecundidad.

Tan difícil azul, zalamero, encariña redondos ocios del espíritu en vuelo abierto por la búsqueda. Alas amnióticas sobre la quebrazón de brújula. Sobre su propio canto.

La moneda tintinea y de un vuelco prodigioso derrama las estrellas al otro lado de la infancia. Gira sobre su canto; a veces, sale eternidad, y otras, de pronto, nos morimos.

Esquivo azul, hogar huyente, entre el maremágnum loco del azar.

Espada intemporal, el ciego timonel cruza el abismo.

El cáncer creativo radica en la rosa sistemática. Ya van muchos siglos de «oh rosa vacía», de «oh, espléndida rosa editorial» y de «rosa-rosae». Idénticos poemas y coronas funerarias.

No me sirve, me causa tremebunda claustrofobia dentro de mí mismo, la rosa por la rosa, que eso es vicio. Vale la rosa por la espina, o la rosa por el ocio, pero la rosa por la rosa es un dilema que puede ahogar a los brillantes. Hay que indagar ya de una vez en la arisca trasmateria. Loar las ciénagas fangosas, los cadáveres que albergan la luz del recomienzo. El aliento de semillas que se abren como puertas a un rumor desnudo. Fruta nueva. Arrastrar la palabra a su estado azul y primigenio, a su hálito perenne. Nacer en directo por la separación entre los párpados del que se aventura al riesgo de estas líneas.

El relámpago es inabarcable; uno husmea, hurga, hila, con su propia pérdida, el intento de la poesía. Pero la poesía sucede en el pasado, lo mismo que la lluvia, apoyándonos en Borges.

La posesión total no se otorga. Muchedumbre de imágenes, ahí se escabulle, absoluta, la presencia. Qué esquivo el parto, el rostro auténtico se agazapa en la huida. Caballos frenéticos relinchan, dejan la marca de sus cascos en la página. Cópula de óvalos forjando el símbolo infinito, hombre entra en mujer, para desnudar el mar hasta el fin de su codicia y otras fieras. Junten las arterias más potentes tramando una madeja, el cosmos demanda un planeta diferente. Pero yo soy yo y mi séquito de máscaras, negarlo es la impostura.

Sucumbo en la escucha. Justo al bajar la guardia me sacude la sangre el chispazo pintoresco. La poesía tiende a aparecer cuando no tienes servilleta ni bolígrafo, cuando el fusil descansa. Su intensidad estremece los círculos privados, el desorden de la identidad. Luego, queda en la boca algo así como el gusto póstumo de un vino exuberante que pasó por las papilas adueñándose. Mero resto, migajas de Hándel y de Grétel que uno sigue para volver un poco al nacimiento.

Nada de “Ave, rosa, morituri te salutant”. Aparten de mi ese fraude. Yo exclamo córnea surrealista, propicio toque de locura, oxígeno poético contra el látigo que silba a flor de oreja. Floto en las esferas del origen. ¿Placentas, vinilos, DVDs? Todo ello iza átomos futuros, aliento circular. Vivencias que arraciman su poder. Laberintos geométricos, realidades paralelas que difieren según la dimensión, cartas que se extravían por las costuras de esta amalgama de leyes vencidas por la sed. Diáfano el ojo de la muerte.

El yo onírico danza sobre la cuerda del funámbulo, que vine a ser un símil para el hilo salvador que dejó Ariadna señalando la salida del viejo laberinto, claro que esto es sólo un símil del hilo con que teje Penélope y desteje, sollozando por Ulises que no vuelve todavía, pero esto es sólo un símil del hilo conductor de la Historia clandestina de la Historia, pero ya es sabido que esto es sólo un símil del hilo cortado por las Parcas con unas tijeras que platean en la sombra de un lugar intemporal, pero esto, en fin, no es más que un símil de sí mismo.

rompen en harapos antes de alzar su siguiente misma vocación. El origen de los pájaros renovará su canto eternamente. Lanzar el alma en cada línea, fundar en cada sílaba el chasquido de la pólvora, un veneno sublime.

Más sinceridad y menos floripondio; a ver si escribimos desde el mismo desgarrón y nos dan a luz las heridas o los labios.

No me extraña que Rimbaud se hartara del teatro literario y le prendiera fuego antes de marcharse. Tanta farándula, tanto violín sin fiebre y tanto amaño. Mucha rosa podrida en las esperas, mucho coro de cisnes para tantos himnos huecos. Ay, el arpa, al infierno con el arpa. Tanto ego inflado con aplausos. Entiendo que Rimbaud se decantara por las armas, eso es honestidad intelectual. Lo que hace falta es la soledad acérrima; saberse un poco, antes de compartirse. No camuflar la locura imprescindible, la avaricia autodestructiva. Barajar las máscaras y tirarlas al mar. Ir borrándonos para dejar espacio al tumulto existencial que se agolpa al borde de la piel. Purificación. También las olas se

Semilla recóndita. Palpita en una placenta luminosa mi siguiente voz. Por fuera agolpándose un tumulto de rumor, lucha por deshacer la cáscara, por penetrar en mí. A las afueras del crepúsculo los alisios inventan pentagramas en las ramas de un manzano de pecado original y una fofa manzana desprendida golpea el cráneo de Isaac. Del impacto se crea una lluvia de semillas que se apuran en viajar al centro de la Tierra, que se hunden sin relatividad en estratos transparentes. Intento seguir las con la vista, pero resultan demasiadas. No sé en cuál viaje hacia mí. Tal vez soy todas, al cabo, el yo es un asunto inabarcable.

Más cuchillo que lápiz, afilar la astucia sobre piedra de toque al borde del abismo. Logrado el filo incandescente, arrojar el vívido artefacto a la boca ennegrecida, nacer de su sonido sobre el fondo al chocar con sus prójimos: eso es el poema, eso es el yo.

La belleza establece terribles jerarquías, la sufrimos; pero la poesía son semillas fervorosas que viajan a la última visión. Y, claro, las semillas son ojos que bajan al plural anonimato, amparados por plica y por seudónimo, desnudándose en la indagación amniótica del núcleo sin motivo más allá de la palabra. Antes, un ámbito de espejos cóncavos regala con su distorsión el mundo tal cuál es, un ámbito que fecundan relámpagos lascivos, pulsos frenéticos, semen metafísico, la actitud de escucha ante el abismo, ruinas clamorosas frente a

unos ojos que bajan hacia el núcleo original.

Al fin la plica será abierta, aireados los datos de la muerte, más cuchillo que lápiz. Cualquier nombre me sirve:

Nómada Fundador.